

(XVI.)

LA RECLUSA

DE LAS ROCAS NEGRAS

POR LA SRA. CONDESA DE LA ROCHERE,

seguida de

EL RUISEÑOR

POR MIGUEL AUBRAY;

TRADUCIDAS

por Don M. M. de Z.

---

CON LICENCIA.

---

SEVILLA

Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sob.,  
Francos núms. 60 y 62.

1881.



843 83

D

LA RECLUSA

DE LAS ROCAS NEGRAS

XIX

1830

Novela escrita en francés

POR LA SRA. CONDESA DE LA ROCHERE

y traducida

por Don M. M. de Z.



SEVILLA

Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sob.

Francos, núms. 60 y 62.

1881.

Reg. n.º 1.292 (a)



---

## I.

Belleme es una pequeña Ciudad de Francia, situada en la antigua provincia de Auvernia. Era un dia de fiesta del mes de Marzo, y como el tiempo era hermoso, una gran parte de los habitantes se paseaban por la alameda inmediata à la poblacion. De pronto se oyeron las cornetas de un regimiento de infantería, que estaba en la poblacion, y abriéndose un balcon de una casa principal, que daba à la alameda, se asomaron tres jóvenes, entablado la conversacion siguiente:

—¡Qué buena música tiene este regimiento!—Dijo una de ellas, llamada Magdalena, rubia y de ademán modesto y tímido.—Si van à tocar ¿no podríamos oirlo desde la sala, sin esponernos à las miradas de la gente que pasa?

—Pero, querida,—le contestó otra, llamada Juana, de ojos brillantes y vivos, y que parecia hacer los honores de la reunion--esos que pasan se esponen tambien à nuestras miradas, y no tienen la ventaja de estar como

nosotras en una posición dominante. Mira, Magdalena, aquel subteniente que ves allí es algo feo, pero baila muy bien, y si te invita á bailar el Domingo en la noche, acéptalo por pareja: no lo hagas así con aquel jóven moreno, que nos está mirando, y busca un pretesto para no comprometerte. Estos consejos te da una amiga, que te quiere.

—Consejos de que no me aprovecharé— respondió Magdalena.

—Lo veremos—dijo Juana—iré á tu casa y hablaré con tu padre; pero mira á la Señora de Chantereau, esa belleza anticuada, de que te he mostrado la caricatura.

—Tu quieres decir el retrato.—Dijo entonces la otra jóven, que era mayor que ellas y se llamaba Celina—hasta creo que es algo lisongero.

—Puede ser que le hayan hecho favor— respondió Juana.

—¿Se vió jamás una extravagancia como la suya en el modo de vestir? Parece una rana de los prados. Vestido verde; manteleta verde; sombrero verde, ó poco le falta para tener ese color.

—En efecto—dijo Juana—es muy extravagante. Preciso es confesar que el Sr. Chantereau ha tenido muy mal gusto.

—Pero, mi querida Juana—dijo Magdalena—me parece, que no es conveniente á jóvenes como nosotras divertirse á costa de una señora de edad, de quien he oído siempre hablar muy bien.

—Y ¿no nos hemos de distraer un poco en este mundo?—contestó Juana—¿qué perjui-

cio se le causa á esa interesante rana verde, que estamos mirando?

—La señorita Magdalena acaba de salir del Convento, y nosotras la escandalizamos sin duda por nuestras bromas.—Dijo con una sonrisa irónica la jóven Celina.

La conversacion fué interrumpida en este punto por la llegada de otra persona, que era un jóven alto, de facciones regulares, pero de fisonomía insignificante.

Buenos dias, primo—le dijo la alegre Juana—¿qué noticias nos traes?

—Una muy grande, á fé mia; y tal que no podriais adivinarla.

—El rio ¿corre hacia arriba; ó la Señora Ventura ha llegado á ser amable?

—Ni una, ni otra cosa, prima, se trata de un acontecimiento más extraordinario.

—Pues me doy por vencida—dijo Juana—venga la palabra del enigma.

—Héla aqui. La reclusa de las Rocas negras ha salido de su soledad y se pasea á pié, como una simple mortal.

—Y ¿dónde está?—esclamaron á un tiempo Juana y Celina, inclinándose sobre la balaustrada del balcon.

Magdalena aprovechó este momento para retirarse, y aproximándose á una Señora anciana, que estaba en la sala sentada frente á un velador con un diario en la mano, le dijo:

—Son las cuatro, y mi doncella no ha venido por mí ¿tendriais la bondad, señora, de permitir á Mariana, que me acompañara hasta la Iglesia, donde ha de venir mi padre por mí?

—Con mucho gusto, querida niña—respondió la anciana Señora—pero volved á vernos muy pronto, porque es una fortuna para mi nieta tener una compañía amable, cuyos buenos ejemplos pueden serle útiles.

—Sois, Señora, muy indulgente para conmigo, y yo os doy gracias por todas vuestras bondades. Hasta la vista, Juana—dijo ella alzando la voz.

Pero Juana no la oyó, ocupada como estaba en examinar á la jóven, que su primo había llamado la reclusa de las Rocas negras, y que se encontraba entónces casi bajo el balcon, yendo del brazo de un anciano cuyo semblante era enérgico, y cuyos ojos brillaban bajo espesas cejas.

—¿No es muy hermosa esta forastera?—dijo el primo con fuego.

—Eso depende de gustos—contestó Juana.

—¿No tiene el talle de una diosa ó de una emperatriz por lo ménos?

—Vaya que sea de una reina y no hablemos más.

—Y ¿los cabellos? ¿No son de un rubio hermosísimo?

—Que pasa un poco al rojo, segun me parece; pero dicen que es color que está de moda.

—Y ¿el cutis del rostro? ¿No parece de rosas y azucenas?

—En cuanto á este particular, primo, necesario es que tengas una vista muy perspicáz, porque bajo su sombrero de pastora y su velo de viuda del Malabar, yo no he podido descubrir más que la punta de su nariz, que

me parece de color de cereza. Pero ¿de dónde sale esta belleza? ¿Quién es ella, en fin?

—Eso es un misterio, que todavía no ha podido aclararse—respondió el primo llamado Fernando de Boissac:—unos pretenden, que es la sobrina del Baron de Fournel; otros dicen, que es su hija: algunos aseguran que es su mujer, una jóven huérfana y pobre, con quien se casó algun tiempo ántes de comprar su palacio de las Rocas negras; pero esta última version es la ménos probable. Lo que hay de cierto se reduce, á que hace dos años que viven en ese palacio, haciendo el fiero Baron una vida de oso en su guarida, y de consiguiente aburriéndose la pobre reclusa, como es natural, de un modo extraordinario.

—¡Tal vez!—dijo Celina, haciendo un mohin con la boca—pero, si debe creerse lo que por ahí dicen, han visto un jóven y bello trovador cuyo nombre ni procedencia no se conocen, que bastantes veces ha estado rondando los alrededores del palacio, y no es probable, que sea sin motivo.

—Esa es una suposicion, contra la cual protesto con todas mis fuerzas—contestó el jóven.

—Si hubiese yo sabido, que Fernando era el paladin declarado de la belleza de las Rocas negras, me hubiera callado respecto á aquella aventura,—dijo Celina con una sonrisa aliciosa.

—Y en mi concepto hubieseis hecho muy bien.

—Y ¿si yo os doy un dia la prueba de lo que he dicho?

—En ese caso me verè obligado á creerlos;

pero mientras llega, tengo el honor de saludaros, señorita, y à tí tambien, prima: hasta la noche.

—Por lo visto—dijo Celina, así que se marchó el jóven—à Fernando lo han echizado los bellos ojos de esa misteriosa forastera, que parece una aventurera; y apuesto, que él nos ha dejado tan pronto por seguirla.

Al decir esto se despidió Celina de Juana, la cual la acompañó hasta la puerta de la antesala, sin hacer demostracion alguna, para retenerla. Al volver à la sala, fué à sentarse junto à la anciana, y le dijo:

—Abuelita ¿vuestro diario viene hoy muy interesante?

—No puedo decirtelo en verdad,—contestó la anciana—porque casi nada he leído aún.

—Pues entónces—dijo inconsideradamente la jóven—¿qué hacíais, mientras nosotras hablabamos?

—Te estaba oyendo, hija mia, y te confieso, que tu conversacion no me agradaba.

—Y ¿por qué, abuelita? ¿Hé faltado à la urbanidad ó à los buenos modales?

—Has faltado à la caridad, lo que es más grave todavía.

—Por más que examino la conciencia—replicó Juana poniéndose colorada—no veo el motivo de merecer esa reconvencion. ¿Serà tal vez por mis bromas respecto de la señora de Chantereau, ó por lo que dije de los jóvenes, que hemos visto en los bailes, ó, en fin, por mis observaciones respecto de la persona, que llaman la reclusa de las Rocas negras?

—Por todo eso, hija mía,

—Pero yo os aseguro, mi querida abuela, que no tenía mala intención contra nadie: todo se reducía á una broma.

—Persuádate, hija mía, que se puede hacer mucho perjuicio al prójimo sin mala intención y sólo por ligereza. El deseo de brillar, de pasar por una persona de talento y de agudeza, puede hacer decir mil tonterías, de las que á veces basta una para perjudicar la reputación de un hombre ó de una mujer; de una mujer sobre todo! ¡Qué miseria de talento! No es necesario tener mucho para destrozar al prójimo y hacer reír á las gentes, divulgando los vicios de este ó las ridiculeces de aquella! La más vulgar comadre de cualquier pueblecillo sabe hacerlo muy bien, por poco mala ó envidiosa que sea; porque la burla, que es hija de una ligereza siempre culpable, tiene de ordinario su origen en la envidia ó la malicia, y es muy frecuente descubrir los defectos de otros sólo por hacer sobresalir los méritos propios; pero es mal cálculo verdaderamente.—El que siembra burlas, burlas recoge—dice el proverbio con razón; la rechifla atrae otra con tanta seguridad como el imán atrae al hierro.

—Pero ¿no es permitido jamás reír un poco? ¿Debe una expresarse siempre como un doctor en Teología?

—O como una pobre abuela debilitada por la edad y las enfermedades:—añadió sonriéndose la anciana—no es eso lo que he querido decirte, hija mía: hay chanzas y bromas finas y delicadas, que son inofensivas, y no

pueden perjudicar á nadie. Esas chanzas divierten en una conversacion intima: pero ¡cuanta bondad de corazon y gracia del espíritu se necesita para bromear de esa suerte! No nos arriesguemos á obrar así, sino muy rara vez, y cuando estemos ciertos de que no perjudicamos á nadie. En vez de buscar los vicios y ridiculeces de nuestros semejantes estudiemos más bien sus acciones, para descubrir sus buenas cualidades.

--Reconozco y confieso mi falta—respondió Juana con franqueza— hoy he sido muy burlona, y esto me sucede con alguna frecuencia: pero—agregó con un tono gracioso, besando la mano á su abuela—tambien hay algo de falta por parte vuestra: si en lugar de pasar dos años bien largos lejos de vuestra pobre Juanita, hubieséis consentido en vivir con ella, como todos lo deseábamos, y ayudarle con vuestros consejos, con vuestra experiencia y con vuestros buenos ejemplos, ella se corregiria de sus defectos. y tendria el singular placer de que fuérais su guía.

Amable y querida hija:—dijo la anciana, conmovida por estas palabras y por el tono afectuoso con que fueron dichas— me parece estar viendo á tu madre tal como era á los diez y siete años; tienes la misma voz cariñosa, la misma mirada viva y tierna, el mismo candor y la misma gracia! Recuerdo dulce y triste á la vez, que engaña mi dolor, reanimando mi pesar! No podré, hija mia, expresarte nunca lo que cuesta á tu abuela vivir lejos de tí, que eres el retrato vivo de mi Clotilde: pero mi pobre hijo enfermo no pue-

de carecer de mis cuidados, y apenas me he atrevido á separarme de él por algunos dias, á pesar de las precauciones, que he tomado antes de venir. Aun no estoy aquí enteramente tranquila. Dios lo ha dispuesto así y debo someterme á su santísima voluntad. Que el mismo Dios te bendiga, hija mia, por tu ternura filial y por las satisfacciones, que me causas.

Y la anciana tenía razon; porque Juana era una criatura encantadora, fresca como una mañana de Primavera, con ojos muy vivos, labios bermejos, buen talle y un rostro graciosísimo. Este era su físico: respecto á lo moral, era un poco frívola, un poco burlesca y un poco caprichosa; pero alegre, amable y siempre dispuesta á confesar sus faltas y á enmendarse. Desgraciadamente habia perdido á su madre á la edad, en que sus lecciones y sus ejemplos le hubieran sido muy útiles; y su padre, que la amaba tiernamente, pero que por sus negocios tenia que ausentarse de su casa con frecuencia, habia juzgado á propósito ponerla en una elegante casa de educacion, donde ella aprendió un poco de muchas cosas, de baile, de música, de dibujo, de botánica, de inglés y sobre todo de vestirse con gracia; pero donde se habia descuidado inculcarle los principios religiosos, que son la única base de una educacion sólida.

Vuelta á los diez y seis años á la casa paterna con la reputacion, bien merecida por cierto, de ser una joven de talento, de amabilidad y de distincion, Juana hizo desde

luego, acompañada de una señora que ocupaba el lugar de aya, los honores de la casa de su padre, que era rico y recibía gentes con frecuencia. Cumplió con tanta gracia, que fué estimada de todos y hasta llamada la perla de Belleme por un poeta de aquel país.

Esta consideración y superioridad, que había adquirido entre las personas relacionadas con ella, le parecía tan justa, que no pudo menos de notar con despecho el entusiasmo de su primo Fernando por la reclusa de las Rocas negras, de que se hablaba con admiración en la Ciudad, aunque fuera la primera vez que aquella joven se presentaba en el paseo. Juana estaba, por tanto, dispuesta a defender su posición por todos los medios posibles, cuando los sabios consejos de su abuela llegaron tan oportunamente.

La joven, causa involuntaria de aquellos celos femeninos, no tardó en conocer, que era objeto de la curiosidad general, y no pudo menos de disgustarse, de consiguiente le dijo á su compañero:

—Estoy fatigada: esta bulla me trastorna; y me duele la cabeza.

—Pues volvamos al palacio—le respondió el Baron—porque al traerte aquí, no tenía yo mas objeto que procurarte una de las pequeñas distracciones, de que estás privada hace tanto tiempo.

Se dirigieron en seguida al sitio, en que habían dejado su carruaje: pero el cochero no estaba allí; creyéndose libre por una hora ó dos, había confiado el carruaje á un mozo de su conocimiento y se había internado en la población.

—Vaya un tunante!—dijo el Baron—ahora tengo que ir á buscarlo, y sin duda estará en la taberna de Goubert, adonde sé que va algunas veces. Espérame un momento, Valentina,

La joven se sentó en un banco de piedra; y á través de las celosías de las casas inmediatas, los curiosos que en ellas hubiera pudieron contemplar muy á su satisfaccion á aquella, que se llamaba en Belleme la reclusa de las Rocas negras.

Era una joven alta, delgada, y de fisonomía distinguida. Sus cabellos eran de color de un rubio dorado, que caían en bucles sobre sus hombros, porque eran espesos y largos: sus ojos bellísimos tenían el color del cielo, y su tez el dulce brillo de una rosa de Bengala. Estaba vestida sencillamente de blanco con un cinturón azul y un sombrero de paja adornado de flores también azules.

Viéndose sola y lejos de la multitud indiscreta, acababa de levantarse el velo para respirar con más desahogo la brisa de la Primavera, y admirar la puesta del sol rodeado de arrebales, cuando un jóven bien parecido, pero con rostro medio cubierto con un sombrero de fieltro de anchas alas, se dirigió hacia ella, á pesar de que la reclusa estremecida le hizo con la mano una señal para que se retirara: pero bien fuese porque él no la hubiera percibido, ó porque no hubiera hecho caso, se acercó con rapidez, y con voz conmovida le dijo:

—Valentina, tengo que hablarte.

—Vete, vete, Bernardo—le respondió ella

turbada—mi tío va á volver pronto.

—Y ¿como quieres tú que él me conozca ahora, que me he cortado la barba?—dijo él sentándose resueltamente junto á la joven.

—Pues yo bien te he reconocido!

—Tu eres otra cosa: pero óyeme, querida: tengo algo importante que decirte.

—Pues entonces, habla pronto... pero veo á mi tío, que viene hacia nosotros... ya no es tiempo, mi pobre amigo.

—Y ¿cuando podré verte? Desearía que fuera bien pronto.

—Esta noche á las siete en punto.

—No faltes: tal vez va mi vida en ello.

Y desapareció al decir esto. La joven se levantó y se dirigió al encuentro del Baron, sin haber podido notar, que dos ojos pérfidos colocados detrás de una celosía habian estado fijos sobre ella; y tal vez la criatura humana, á la que aquellos ojos pertenecian, habia oido algunas palabras de su conversacion con el joven.

—Te he hecho esperar mucho tiempo—dijo el anciano—porque me ha costado no poco encontrar á ese pícaro de Bautista; pero bien le he reñido. Envuélvete en tu chal, porque el viento se levanta algo frio á esta hora.

Y bien pronto la carretela, tirada por dos buenos caballos, tomó el camino á trote.

## II.

La tarde estaba ya para concluir, cuando el Baron y su sobrina percibieron el sitio agreste, al que enormes piedras negruzcas cubiertas de grandes árboles de un verde sombrío le habian hecho dar el nombre de las Rocas negras. En aquel lugar solitario y cerca de un torrente, que saltaba á un abismo bien profundo, se elevaba el viejo palacio construido con las mismas piedras volcánicas, que daban al edificio un aspecto casi lúgubre.

Se llegaba á él por dos vias diferentes, la una cerrada con una fuerte reja conducía por la alameda del parque á la puerta principal; la otra venía al pié de una torre antigua toda vestida de yedra, que daba paso á un patio, donde estaban la cocina y demás dependencias.

El conjunto del edificio con sus esculturas, sus torrecillas y sus almenas tenía algo de grandioso: pero este palacio tenía mala fama en el país y á muchas leguas á la redonda, desde que en 1793 el mayordomo del señor de las Rocas negras llamado Birouchet habia denunciado á su amo al tribunal revolucionario, y conducido, lo mismo que el traidor Judas, á los hombres encargados de arrestarle. El dueño, hombre anciano, ayudado de sus dos hijos y de un criado fiel, se habia defendido con valor por mas de una hora; pero vencidos y atados como malhechores los cuatro héroes de aquella triste historia fueron

llevados á Belleme y guillotizados. Despues el mayordomo compró á la nacion el dominio objeto de su codicia por la centésima parte de su valor, y se instaló allí con su mujer y sus cinco hijos, todos en una salud floreciente y muy satisfechos de su nueva fortuna. Pero, como si el angel esterminador, que en otro tiempo hirió de muerte á los primogénitos de los egipcios, hubiese pasado por cima de aquel palacio, sucedió que de los cinco hijos tres, que eran varones, murieron envenenados por hongos, que habian cogido al pie de las rocas, y su muerte se verificó en el mismo dia aniversario de aquel en que el anciano señor del palacio habia perecido en la guillotina. Su madre les siguió á la tumba poco tiempo despues, y de las dos hijas, una de veinte años huyó con un aventurero, con quien su padre no habia querido que se casara; y la otra de diez y ocho se ahogó al cabo de algun tiempo bañándose en el rio. El miserable Birouchet se volvió loco de pena, y durante veinte años, que vivió todavia, habitó, solo enteramente, la misma casita que ocupaba en otro tiempo en las dependencias del palacio, no permitiendo que nadie se le acercara mas que una vieja, que le traia de comer, y dando muchas veces gritos tan horribles, que todos los que los oian temblaban de horror.

Despues de su muerte uno de sus sobrinos heredó todos sus bienes y habitó algun tiempo en las Rocas negras con su familia; pero desapareció algun tiempo despues, sin que se hubiese sabido cuál habia sido su muerte.

Algunos decían que el espectro de Birouchet lo habia llevado á los infiernos: otros aseguraban, que el mal estado de sus negocios le habia obligado á huir á los Estados Unidos. Mucho tiempo despues fué cuando se descubrió el cadáver de aquel desdichado en los subterráneos del palacio, adonde habia bajado sin advertir á nadie. Sin duda algun accidente desconocido le habia impedido salir.

Estas catástrofes y algunas otras habian impresionado de tal modo á las gentes del pais, que habiéndose puesto en venta el palacio quince años antes del tiempo en que principia esta historia no se presentó persona alguna á comprarlo, aunque el propietario tuviese pretensiones muy moderadas, y las fuese bajando cada año.

El Baron de Fournel estaba entonces agregado á la embajada de Constantinopla, y durante un viage que hizo á Francia fué á visitar á uno de sus parientes rico propietario de Auvernia. En una partida de caza organizada para obsequiarlo llegó hasta las Rocas negras, y la sombría leyenda que le contaron le incitó á visitar el palacio. Su situacion pintoresca, lo módico del precio, y tal vez el capricho de despreciar las preocupaciones vulgares, le decidieron á comprarlo, y pocos dias despues regresó á desempeñar su destino, muy satisfecho de la adquisicion de su nueva propiedad, pero sin saber en qué época podría disfrutarla.

Diez años transcurrieron, en efecto, sin que se oyera hablar del Baron: su pariente habia fallecido hacia tiempo, y él habia aban-

donado la carrera diplomática. Esto era todo lo que se sabía de él: habitaba en Paris, y no había vuelto á presentarse en las Rocas negras, contentándose con percibir por medio de un notario las rentas de aquella propiedad; cuando en una mañana de primavera atravesó la poblacion de Belleme una berlina de viage enteramente cerrada y siguió el camino vecinal, que iba al palacio. El misterioso carruage, que escitó la curiosidad de los habitantes de la ciudad, y de que se habló en el círculo de la Union y en la tertulia del Alcalde, llevaba al Baron de Fournel y á una joven muy hermosa, como se supo al dia siguiente. El Baron se presentó en la ciudad algunos dias despues; pero tan cambiado, que apenas pudieron reconocerlo las mismas personas que en otro tiempo habian cazado con él, cuando adquirió el dominio de las Rocas-negras. No era ya el brillante caballero de hermosa presencia, era un viejo melancólico y encorvado, aunque apenas tuviese cincuenta y cinco años.

Se esperaba á lo menos que visitase á sus antiguos conocimientos y á que presentase en sus casas á la joven que habia traido consigo; pero no sucedió así. Los que habían pensado convidarle á comer y organizar algun festejo en su obsequio, se llevaron chasco. Creyeron entonces, que el Baron quería instalarse en el palacio de una manera conveniente, por que vieron que él habia llevado operarios de todas clases para restaurar el edificio, y habia hecho venir magníficos muebles: pero hacia cerca de un año, que las

restauraciones habían concluido, y los habitantes del palacio no habían salido de él mas que los Domingos á oír una Misa bien temprano en la aldea mas inmediata. Así es que llamó la atención que en el día, de que se ha hecho mencion al principio, se presentara el Baron con la joven en Belleme, y pasearan ambos á pié entre el público.

Mientras que los habitantes de la ciudad hacían sus comentarios sobre la aparicion de los habitantes de las Rocas negras, estos continuaban su camino, leyendo el Baron un periódico, y pensativa la joven, ocupada su imaginacion con el encuentro, que habia tenido lugar en el paseo.

—¿Que le habrá sucedido?—pensaba—Dios mio! favorecedme! ¿No tendré yo jamás tranquilidad, y temblaré siempre por las personas que amo?

Reflexionando ella así, sintió el galope de un caballo á alguna distancia detrás del carruage, y bien pronto un ginete se adelantó á ellos. Aunque habia pasado como una flecha, la joven creyó reconocerlo, y su corazon palpitó con fuerza: pero cuando llegaron á la reja, y vió al ginete ya desmontado venir á su encuentro, no pudo retener un grito de alegría.

—Bien venido seais, capitan:—dijo el Baron á aquel individuo.—Hacia tiempo, que deseaba vuestro regreso.

—Tres dias hace que he desembarcado, viniendo de Africa; he ido á abrazar á mi madre, y aquí estoy—respondió el oficial, estrechando la mano, que le alargaba el Baron,

y saludando con respeto á la joven.

Y los tres siguieron á pie la alameda del parque; Valentina con los ojos bajos y el corazon conmovido, y el Baron hablando con el joven acerca de su viage. Este nuevo personaje era un hombre de veinte y seis años poco mas ó menos, de alta estatura y rostro agradable, en que se notaba la expresion de inteligencia y de lealtad, que animaba su fisonomía.

—¿Hace mucho tiempo, que no habeis estado en París?—preguntó él á Valentina, mirándola con admiracion.

—No hemos vuelto—contestó ella—desde que vinimos á las Rocas negras, lo cual tuvo lugar poco tiempo despues de vuestra marcha á Argel.

—Y ¿os agrada este sitió?

—Sí—dijo Valentina—me gusta este sitio agreste, estas rocas gigantescas cubiertas de musgos y estas breñas, donde nacen tantas florecillas.

—Mañana—dijo el Baron—visitaremos esta propiedad, mi querido capitan: ahora dad el brazo á Valentina y vamos comer. El joven aprevehó la ocasion, que se presentaba, de hablar un momento con ella en voz baja y le dijo con emocion

—Señorita ¿puedo esperar, que mi dilatada ausencia no haya alterado los sentimientos, que tuvisteis la bondad de manifestarme la víspera de mi marcha, dia que no olvidaré nunca?

—Algo más que esperar; estad seguro de ello—respondió Valentina con voz firme.

—Entonces ¿me autorizais para renovar hoy la solicitud que hice respecto á vuestra mano?

La joven se detuvo un momento: despues con voz poco segura dijo:

—Quisiera poner una condicion, y obtener de vos un favor; mejor diré un sacrificio; pero no puedo esplicarme ahora: estamos ya en el comeder.

—Debeis estar segura, de que no puede haber cosa alguna, que no esté yo dispuesto á hacer por vos, aunque fuera preciso, como en los tiempos de la caballeria andante, ir á combatir con dragones alados ó con gigantes y endriagos.

La comida fué alegre: nunca desde su llegada al palacio se habia manifestado el Barón de tan buen humor. Comia con apetito y hablaba alegremente como en los dias de su juventud.

Despues del café propuso al capitán Belfort, que le acompañara á fumar, y le dijo á Valentina:

—Pronto volvemos.

La joven se quedó sola y se fué á la sala: una sonrisa dulce se notaba en sus lábios, y su rostro tenia una expresion de felicidad, que la embellecia, y le daba una suavidad notable. Hacía unos minutos, que se hallaba allí, cuando el reloj dió las siete. Al oirlas se estremeció, como si despertara de un sueño agradable, y dijo:

—Oh! es imposible; no tengo valor para salir hoy, para sacrificar esta noche, la única tal vez, que Belfort debe pasar con nosotros...

pero Bernardo cuenta con mi palabra; y con su mala cabeza ¿quién sabe lo que podría hacer?

Consiguiente á este último pensamiento, tiró del cordon de la campanilla, y así que se presentó en el umbral de la puerta una sirviente anciana, le habló con un tono atractivo.

—Mi buena Catalina; dame mi abrigo y mi capuchon, y abrigate tambien, porque vamos á salir.

—Y ¿adonde quereis ir, señorita, á esta hora?

—Bien lo sabes tú—contestó Valentina.

—Pero, señorita—dijo la vieja con muy mal humor—el Sr. Baron puede venir de un momento á otro.

—El creerá, que he ido á mi cuarto, como lo hago con frecuencia.

—Pero el tiempo es malisimo, y la noche está muy oscura.

—Entonces lleva la linterna.

—Ay! Ay! esto acabará mal para vosotros dos y para mi tambien—dijo la vieja suspirando—adelante; aquí teneis vuestro abrigo y vuestra capucha; que Dios nos ampare!

Las dos mujeres atravesaron el vestíbulo y el pátio de las dependencias, que tenía una puerta, que daba al campo, y desaparecieron bien pronto internándose entre las rocas.

Entretanto, aprovechándose el capitán Belfort del buen humor del Baron y de la amistad, que le demostraba, había tenido con él una conversacion muy franca, renovando su solicitud respecto á la mano de Valentina.

—No esperaba yo menos de vuestra constancia—le respondió el Baron—y despues de tres años que llevais de prueba, os daré á mi sobrina con satisfaccion. Creo obrar en esto, como lo habría hecho su padre, por que sois un joven honrado á quien estimo mucho; teneis una carrera brillante, y no os faltan talento y bienes: vuestro nacimiento es decoroso, y no sé qué es lo que podia yo desear que fuera mejor para mi sobrina: pero necesitais el consentimiento de vuestra madre.

—Aqui teneis la solicitud, que le dirijo por escrito—dijo el jóven sacando de su bolsillo una carta—y mi madre se apresurará no solo á darne el consentimiento, sino á venir á pedir la mano de Valentina de viva voz. Ella la ha visto en París, y desea darle el nombre de hija.

—Yo lo creo—respondió el Baron—Valentina es una noble y dulce joven; un corazon de oro; un alma poco comun. No sé, como se han manejado las buenas Religiosas, donde se educó desde pequeña; pero puede decirse que le han comunicado en un grado eminente todas las buenas cualidades que convienen á una mujer. Al volver yo de Constantinopla rodeado de los embrollos, de que he sido víctima, venía de un humor feroz, y muy poco dispuesto á llevarme á mi sobrina conmigo, aunque fuese mi mas próxima parienta, é hija de un hermano muy querido. La pobre niña por su parte, á quien le asustaba la aspereza de mi caracter, queria quedarse en compañía de sus maestras: pero caí malo, y viéndome en suma gravedad, la en-

vié á llamar para despedirme de ella, y hacerle algunas advertencias. Mi discurso no fué largo y lo terminé por estas palabras:

—No llores y vuélvete al convento.

—No, señor,—respondió ella con una resolución que me sorprendió mucho—supuesto que estais enfermo, debo quedarme aquí para cuidaros.

—Y ¿de qué podrá servirme una niña como tú?—le dije encogiéndome de hombros.

—Espero que lo sabreis bien pronto, mi querido tío.

—Y que quise, que no, se quedó á mi lado; pero no tuve que quejarme de ella, por que no podía encontrarse enfermera, por mas práctica que fuese, que pudiera ser mas cuidadosa y zelosa que lo fué aquella joven de diez y seis años. Adivinaba mis deseos, antes de que dijera yo una palabra: si tenía sed, al momento acercaba el vaso á mis labios, y si sentía yo alguna disposicion á conciliar el sueño las cortinas de mi cama se encontraban corridas como por encantamento. Con la ayuda de mi criado y de una sirviente antigua dirigía la casa de tal modo, que todo lo tenía arreglado. Yo soy bastante colérico por naturaleza y un enfermo muy poco paciente: no le economizé ni las quejas injustas ni mi mal humor, y sin embargo todo lo sufrió con paciencia y con dulzura de un angel. Pero sobre todo en la convalecencia fué donde pude apreciar su escelente corazon y los recursos de su buen entendimiento. Me entretenía con su conversacion interesante: me leía libros sérios, que yo hubiera

creido superiores á su alcance, admirando la exactitud y solidez de sus reflexiones. Despues me daba el brazo y me sostenía para dar algunas vueltas primero por la casa y despues por el jardin; en una palabra, creo deberle la salud y tal vez la vida; y estos cuidados afectuosos y esta amabilidad han sido constantes desde entonces. Así es que necesito un esfuerzo de razon y de voluntad, para consentir en separarme de ella despues de cinco años que mi suerte está unida á la suya.

—No os separareis, Sr. Baron, de vuestra sobrina por que se case conmigo, antes bien tendreis dos hijos en lugar de uno, puesto que estoy decidido á pensar como Valentina, y he experimentado hace tiempo la benevolencia de vuestra amistad.

El Baron se sonrió con la espresion de amargura que le era familiar, y dijo:

—Os creo sincero: pero me conozco bastante bien, para conservar alguna ilusion sobre este particular. No temais sin embargo, que yo retire mi consentimiento, ó que me oponga á este matrimonio, por que amo á mi sobrina de todo mi corazon, quisiera verla feliz, y conozco que no debe serlo á mi lado. Todas las ventajas de nuestra compañía son para mí. Disfruto de su talento, de su bondad, de su afecto filial; y ella sufre mi génio imperioso, mi orgullo y mis caprichos de viejo melancólico. No tengo como ella la virtud de dominar mi caracter; soy colérico, vengativo, malo; conozco mis defectos; pero no tengo valor para corregirme.

—Os suponeis peor de lo que sois:—dijo sonriéndose el joven—felizmente sé á lo que debo atenerme respecto de vos... pero el tiempo vuela y la señorita Valentina debe estar esperándonos.

—Teneis razon, amigo mio, volvamos á acompañarla.

Volvieron en efecto al salon de recibo, y lo encontraron desierto. El Baron llamó á su ayuda de cámara y le dijo bruscamente.

—Advertid á mi sobrina, que estoy en la sala.

Volvió el criado á poco tiempo y dijo:

—La señorita no está en su cuarto, señor Baron, ni en el comedor ni en ninguna parte.

—Ve á preguntarle á Catalina.

—Tampoco está: la he buscado por toda la casa y hasta en el jardin.

—Imbecil!—dijo el Baron frunciendo las cejas—no me harás creer, que ellas han sido robadas por malhechores.

—¿Quién puede saberlo en un sitio como este?—contestó el criado.

Casi en el mismo instante entró Valentina muy colorada y agitada la respiracion como de haber corrido.

—Aquí estoy, tio—dijo esforzándose para sonreir.

—Y ¿de donde vienes tú así, niña?—le dijo el Baron, templándose de pronto—hace un cuarto de hora que te buscan.

—Pues la culpa es vuestra, señores; habeis estado fumando tanto tiempo, que fui á dar un paseo.

Hablando así, afectaba una alegría, que

nó era natural, lo cual sorprendió al joven. Este dijo:

—Confesamos, que la culpa es nuestra; y yo soy el que mas lo siente, por que la noche está adelantada, y tengo que volver inmediatamente á la ciudad.

—No es tan tarde.—indicó Valentina.

—Es que un caballo de alquiler no es un Bucéfalo:—respondió el capitán riéndose— está un poco estropeado de la venida, y no irá con mucha celeridad á la vuelta. Y si no estoy en Belleme antes de las diez, mi tia de Saint-Cerant, en donde estoy de huesped y á la que solo el nombre de las Rocas-negras hace temblar de espanto, creerá que me ha llevado el diablo.

—Pues id á tranquilizar á esa buena señora—dijo el Baron, y volved á desayunaros con nosotros mañana.

—Hasta mañana, pues, Sr. Baron.

Y acercándose á Valentina, le dijo con rapidez:

—Si sois tan buena como vuestro tio, soy el más feliz de los hombres.

—Eso dependerá de vos—le respondió ella.

### III.

Así que Belfort montó á caballo, el Baron y su sobrina volvieron á la sala, y aquel de muy buen humor y dando golpecitos á su sobrina en la espalda, lo cual era en él una señal de afecto, le dijo:

—Niña ¿has adivinado la intencion con que Belfort ha venido á buscarme aquí?

—Creo, que sí, tío.

—Y ¿no lo sientes? ¿Te parece bien?

—¿Encuentras, pues, à este joven muy de tu gusto?

—Sí, señor.

—Vaya un laconismo!—esclamó el Baron dando un puñetazo en la mesa—Tú no dices mas que—sí, tío—y aun me parece que respondes sin hacerte cargo de la pregunta, y como si pensaras en otra cosa. Veamos, pues. ¿Quieres tu, sí ó no, casarle con el capitan Gaston de Belfort?

—Permitidme, que os haga observar, mi querido tío, que una resolucion tan importante exige alguna reflexion.

—Pero van ya tres años, que se trata de este casamiento, y creo, que has tenido sobrado tiempo para reflexionar. Las mujeres son verdaderamente incomprensibles, y yo diría como aquel rey caballero—Bien loco es el que se fia de ellas. ¿Cuanto tiempo necesitas para decidirte?

—¿Es demasiado pedir veinte y cuatro horas?

—Vayan pues las veinte y cuatro horas—repuso el Baron, serenándose—y para que te sirvan de antecedentes en tus reflexiones, oye lo que será vuestra situacion pecuniaria contrayendo el matrimonio. Gaston ademas del sueldo de su grado posee como herencia de su padre ciento sesenta mil francos, (sobre 30,000 duros). Tú le llevarías en dote los doscientos mil francos, que has heredado de tus padres (38,000 duros) y además cincuenta mil francos (9,500 duros) de las eco-

nomías que se han hecho en tus rentas. Todo esto reunido vendría á daros una renta anual de veinte y cuatro mil francos, (91,200 rs.) lo que no deja de ser muy cómodo para principiar. Mas tarde Belfort como hijo único heredará los bienes de su madre sin contar la herencia muy probable de la Sr<sup>a</sup>. de Saint-Cerant su tia. Respecto á mi sabes que soy rico tambien, y que un dia serás mi heredera, disfrutando de todo mi caudal.

—Oh! no de todo el, mi buen tio—dijo Valentina, juntando sus manos y dirigiendo al Baron sus ojos, que brillaban dos gruesas lágrimas.

—Sí, de todo mi caudal, señorita—repitió el Baron con una voz terrible—y quisiera ver quien se opondría á mi voluntad.

Despues, serenándose, continuó con voz tranquila.

—Ya sabes á que atenerte respecto de intereses: ahora vamos á descansar, y que se nos sirva mañana un buen desayuno.

Así que la jóven se encontró sola en su habitacion, se puso de rodillas y elevó su corazon á Dios, derramando un torrente de lagrimas, ¿Procedía este llanto de alegría ó de dolor? Pudiera creerse, que ni aún ella lo sabia, por que unas veces su oracion se elevaba al Cielo en acciones de gracias, y otras sollozando imploraba la celeste misericordia. Valentina tenia una naturaleza nerviosa, un cuerpo delicado, y estaba dotada de una exquisita sensibilidad. El silencio de los campos, la soledad de los bosques habian desarrollado su exaltacion natural, y así era

que tenía á la vez aspiraciones mas ardientes, dolores más profundos y alegrías más vivas que las jóvenes que se encontraban en el mundo. La imaginacion representaba un gran papel en su existencia, aumentando de un modo prodigioso sus goces y sus penas. No tenía madre, ni hermana, ni amiga, á quien abrir su alma, confiar sus secretas agitaciones y pedir un consejo. Su tío el Baron la amaba á su manera, y aunque ella lo amase tiernamente, le tenía miedo por la espression altanera de su fisonomía y por la cólera que á la menor contrariedad manifestaba. Aislada de este modo solamente á Dios era á quien abria su corazon.

Despues que oró y lloró mucho tiempo, se levantó, abrió la ventana de su habitacion, y se sentó á descansar de su fatiga, mirando al campo. La noche estaba serena; millares de estrellas brillaban en el firmamento; una brisa suave y ligera movia apenas las hojas de los árboles, y se oia la voz del ruiseñor en un bosque inmediato.

Estas bellezas de la noche, esta calma de la naturaleza fueron como la respuesta del cielo á las fervorosas oraciones de Valentina. Su alma se tranquilizó; se acostó y se quedó dormida de tal modo, que el día estaba adelantado, cuando despertó alegre y contenta pensando en la visita de Gaston de Belfort. Sin embargo no tardó en volver á tener nueva inquietud ¿Qué opinion vá él á formar de mí?—se decía, mientras se peinaba y vestía con algun más cuidado, que el que tenía de ordinario—¡Si yo no hubiese

prometido el secreto! ¡Si yo pudiera confiarle todas mis penas!

Este punto negro; esta idea fija pasó como una sombra por su fisonomía, y dió á su mirada un tinte melancólico y á su accion una apariencia de fatiga, que disgustaron á su tio.

—¿Estará mala—se decía él—ó va á rehusar á este bello jóven que tanto me conviene?

En seguida se puso á hacer un elogio pomposo del Capitan, exagerando la probabilidad de sus ascensos, y alabando su aptitud militar y lo esclarecido de su familia. Valentina oía hablar á su tio sin responderle, y al parecer sin tomar interés en sus expresiones, manifestándose concentrada en sus ideas: pero cuando el criado anunció á Gaston, el rostro de la jóven se dilató tan visiblemente, y su fisonomía tomó tal expresion de contento, que el Baron se creyó seguro del buen éxito del asunto.

—Enhorabuena—exclamó con alegría, dando la mano al jóven—yo celebro mucho la exactitud, y esa cualidad os la reconozco. ¿Llegásteis anoche á tiempo de no causar inquietud á vuestra tia?

—Llegué á su puerta precisamente á la hora fatal—dijo él riéndose—porque daban las diez al subir yo la escalera; pero cinco ó seis personas de su conocimiento, y á quienes parece que ella queria presentarme, se habian retirado ya, lo que, segun creo, la contrariò un poco. Por eso me pareció oportuno prometerle, que la acompañaría mañana

en la noche al baile de suscripcion, que debe tener lugar en el Ayuntamiento. ¿Vendréis vos, señorita?

—¿Por qué no?—dijo el Baron, apresurándose á tomar la palabra—Desde nuestra llegada á las Rocas-negras hemos vivido Valentina y yo como ermitaños: yo estaba ya feroz como un oso y triste como un cárabo; pero vuestra presencia me rejuvenece y me pone de buen humor, mi querido capitán.

La jóven hizo con timidez algunas observaciones sobre la dificultad de preparar en tan poco tiempo un vestido y adorno convenientes: pero el Baron no era hombre á quien pudieran detener dificultades de tan poca importancia.

—Tú te entenderás con tu doncella—le dijo—y estarás dispuesta para marchar mañana á las ocho y media en punto.

Despues del desayuno el Baron acompañado de su sobrina condujo á su huesped al parque, donde al pié de los árboles crecían algunas humildes violetas. Valentina cogió algunas al pasar, lo que visto por Gaston, se apresuró á ayudarle, mientras que el viejo sentado en un banco rústico los contemplaba en silencio; pero poco despues sacó del bolsillo un periódico y se puso á leer ocupándose de la política.

—Señorita—dijo entónces á media voz el capitán á la jóven—tened la bondad de decirme sin tardanza lo que debo hacer para obtener el consentimiento, de que depende la felicidad de mi vida.

—Una simple promesa, caballero; pero á la

que doy yo una gran importancia.

Y como él se puso á reir con aquel aire bondadoso y algo burlon con que los padres acojen las solicitudes de sus hijos pequeños, agregó ella cruzando las manos:

—Tened compasion de mi cortedad. Lo que voy á deciros es muy serio, y tal vez os parecerá bien extraño.

—Pues esplicaos sin temor, señorita; bien sabeis que estoy dispuesto á serviros en todo y por todo.

—Pues bien—respondió ella con voz mal segura, y despues de haberse convencido de que el Baron no podía oirla por la distancia á que se hallaba—mi tio ha debido deciros, que tengo doscientos mil francos de mi propiedad, además cincuenta mil de las economias que se han hecho en mis rentas.

Gaston hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Yo quisiera—continuó Valentina tan conmovida, que las flores se le cayeron de las manos—yo quisiera poder disponer, sin que lo supiera mi tio, de la mitad de los cincuenta mil francos en el mismo dia de mi enlace, y sin dar cuenta á nadie de la inversion de esa cantidad.

El joven oficial hizo un movimiento de sorpresa al oir aquella proposicion; tan lejos estaba de presumir semejante idea de una joven tan poética y tan elevada en sus conceptos como le parecia la señorita de Fournel.

—¿Tendrais deudas?—le dijo él riéndose y con un tono familiar que nunca habia empleado con ella.

Pero reprimió bien pronto aquella expresión de broma poco oportuna, viendo que Valentina lloraba, y que se pintaban en su rostro el dolor y la angustia, y le dijo:

—Sabeis muy bien, que no es por vuestro caudal por lo que yo aspiro hace tanto tiempo á la felicidad de s̄er vuestro esposo: veinte y cinco mil francos mas ó menos no tienen para mí importancia alguna, y yo renuncio voluntariamente á esa cantidad por daros gusto.

—Gracias, caballero; pero aun hay mas. Mi tío os habrá dicho sin duda, que quería dejarme sus bienes por su muerte: pues bien desearía que en caso de verificarse, no aceptara yo mas que la mitad.

—Querida Valentina—dijo con dulzura el capitán—tengo tanta confianza en vuestro buen sentido como en vuestra virtud, y os doy mi palabra de honor de dejaros enteramente libre para que obreis como tengais á bien sobre ese particular: pero ¿no podríais confiarme á mí, que soy vuestro amigo y vuestro futuro esposo los motivos, que os determinan imponerme tales condiciones?

—Sed generoso enteramente—le contestó ella—y no me obligueis á descubrir un secreto, que he prometido guardar. Espero que llegará el dia, en que se me relevará de esa promesa, que nunca me ha parecido tan pesada como en este momento, y entonces, conceptuo, que aprobareis mi conducta.

—Desde ahora la apruebo: estad segura de ello.

—Pues bien, caballero, desde ahora os

doy mi consentimiento, y empeño mi palabra.

Y como el Baron se acercaba á ellos, le dijo Valentina:

—Mi querido tio, me habiais concedido veinte y cuatro horas para contestar á una cuestion muy seria, que me propúsisteis anoche; pero no esperaré á que transcurra todo ese tiempo, para deciros, que segun vuestro parecer y vuestro deseo acepto con todo mi corazon.

—Eso es hablar claro:—dijo el viejo, besando á su sobrina en la frente y estrechando la mano del capitan—recibid mis felicitaciones, hijos mios, porque sois dignos el uno del otro.

No se trató ya de visitar la propiedad del Baron, por que habia cosas mas importantes, á que atender. Gaston pidió con empeño, que desde luego se fijase la época del matrimonio.

—Lo mas pronto es lo mejor—decia el.

—Ese es tambien mi parecer—dijo el Baron—pero necesitamos tiempo para hacer algunos preparativos y arreglar algunos asuntos de intereses: despues deberemos ante todo consultar el parecer de vuestra señora madre y conformarnos con él.

—Yo le escribiré esta misma noche—respondió el jóven,—y estoy seguro de que participará de mi premura; podemos, pues, segun me parece, fijar desde ahora el 15 de Junio para la verificacion del casamiento.

—Poco tiempo son dos meses, para todo lo que hay que hacer;—respondió el Baron—pero tal vez podamos arreglarnos. Sea pues

para el 15 de Junio, si tu no encuentras dificultad, Valentina.

—Yo no tengo mas voluntad que la vuestra—dijo ella.

—Entonces estamos conformes; pero guarda el secreto, mi querido capitán, por algun tiempo aun, y hasta con vuestra tia por temor de poner á toda la poblacion en nuestra confianza, lo que nos mortificaria.

—Me basta ser dichoso—respondió el jóven—sin que tenga necesidad de pregonar mi dicha.

El resto del dia se pasó en un momento. No se habló mas que de los planes y alegres proyectos para el porvenir, y se separaron por la noche, citándose para el baile del dia siguiente.

#### IV,

La Sra. de Saint-Ceran no tenia mucho talento, y como no habia salido de su poblacion conservaba los modales y estilo propios de ella. Excelente mujer por lo demás, bondadosa y caritativa no se habia casado en su juventud por cuidar á sus ancianos padres. y despues de haberlos perdido, recibia á sus amigos con cordialidad y consagraba á obras de caridad una gran parte de sus rentas. Su afecto á Gaston se acercaba al amor maternal. Estaba muy pagada de él, hablando sin cesar de sus buenas cualidades, y alabando sus hazañas, su talento y su aire noble y marcial. Su mejor deseo era casarlo con una señorita del pais, á fin de tener más probabi-

lidades, de que viniese á aquella poblacion con más frecuencia, y que por fin se fijase en ella.

De todas las jóvenes de su conocimiento Juana de Boissac era la que en su concepto reunia todas las cualidades que podian desearse. Era la mas rica, la mas elegante y una de las mas lindas. Se suponía en Belleme, que estaba prometida á su primo Fernando, pero esto no era seguro; y la señora de Saint-Ceran creía, que si Gaston queria presentarse y solicitar su mano, sería preferido no solo al primo, sino á todo el mundo. La dificultad consistia en decidir al capitán á dar el primer paso, poniéndose en relacion con la familia de Juana. La buena tia le había propuesto presentarlo en casa del Sr. de Boissac; pero Gaston había alegado tales pretextos para eludir aquella visita, que la tia no se había atrevido á insistir. Cambiando entonces de plan, había indicado el deseo de asistir al baile del Ayuntamiento y había rogado á su sobrino, que la acompañase. Esto era además para ella un verdadero placer, porque habiendo mucho tiempo, que no se había presentado en público, le era muy satisfactorio presentarse del brazo de tan brillante caballero. Sacó á relucir, pues, sus joyas y su mejor vestido, adornándose con su gorra de encaje de Alenzon y un prendido de rosas encarnadas. Puesta de aquel modo, entró en el salon del baile colocándose en un sillón que estaba precisamente detrás de la banquetta, en que se hallaban sentadas Juana de Boissac y algunas de sus amigas íntimas.

—Tengo el placer, señoritas, de presentaros à mi sobrino Gaston de Belfort les dijo la anciana

—Este caballero no es para nosotras un extraño—respondió Juana, devolviendo con gracia al oficial el saludo que este acababa de hacerle—todas le conocemos de reputacion.

—Si es conforme à los discursos de mi escelente tia, mi retrato podrá ser muy li-sonjero—dijo Gaston.

—Estas señoritas y yo podremos conocerlo fácilmente:—contestó Juana con gracia—somos muy hábiles en descubrir los defectos ajenos.

—Y ¿tendreis, señorita, la bondad de comunicarme vuestros descubrimientos?

—Lo veremos: esto dependerà de su importancia.

—¿O del capricho del momento?

—Tal vez. Venis de Argel, caballero ¿hay alli muchas diversiones? ¿Las jóvenes son lindas?

—Lo creia asi hace un cuarto de hora. Pero los músicos preludian ¿Os dignareis concederme el primer rigodon?

—Yo se lo habia prometido à mi primo Fernando; pero no ha venido y no estoy de humor de esperarlo—dijo Juana tomando el brazo, que le ofrecia el capitán.

—Esto comienza bien—dijo para sí la señora de Saint-Ceran, restregándose las manos—verdaderamente es lindísima esta jóven.

Y en efecto Juana estaba radiante de belleza, y sus ojos aterciopelados brillaban de

placer. La conversacion entre ella y el oficial se sostenia con animación, y parecía, que él se divertia mucho, oyendo su charla. Sin embargo á medida que corria el tiempo el capitan se iba poniendo distraido y hasta cuidadoso é inquieto. Apenas oia á Juana, teniendo los ojos fijos en la puerta.

Juana no se apercibió al pronto de esta mudanza, porque estaba engreida con sus mismas palabras. Los consejos de su abuela se habian borrado de su memoria; y sus agudezas, sus donaires, y preciso es decirlo, sus murmuraciones y sus juicios temerarios saltan de sus hermosos labios continuamente. De pronto se notò un movimiento general en el salon, y los jóvenes abandonando el sitio, en que estaban, se acercaron á la puerta.

—Es la señorita de Fournel, la reclusa de las Rocas negras—dijo un joven abogado, que figuraba enfrente de Juana en el rigodon, y que faltó al compás por examinar á la joven reciénvenida.

—¡Qué linda y graciosa es!—le contestó su pareja que era una joven rubia de aire modesto, y que la miró tambien con cuidado.

Valentina estaba encantadora con su traje de muselina blanco; no tenia casi adorno ninguno, ni pendientes de valor, ni joya alguna en el pecho; solo llevaba una rosa en su cabellera dorada, la cual formaba como una aureola al rededor de su blanca frente. cayendo despues en gruesos bucles sobre su cuello y sus hombros.

Parece una fantasma—dijo riéndose la señorita de Boissac.

Pero la risa no tuvo eco, y concluido el rigodon, el capitán se apresuró á dar las gracias á su pareja y á llevarla á su asiento. Despues esquivándose con prontitud maniobró con destreza para atravesar la multitud y llegar al sitio en que estaba la señorita de Fournel.

—¿Vuestro sobrino conoce á la reclusa de las Rocas negras? No se lo envidio—dijo la vanidosa Juana á la tia de Gaston, despechada de ver la premura con que el oficial había ido á reunirse con Valentina.

—No lo sé, hija mia. ¿No es la señorita de Fournel la que se designa con ese nombre ridículo? Los Fournel son de muy buena familia: su nobleza se remonta al siglo trece. He conocido en otro tiempo al Baron actual, y he estrañado, que no haya venido á visitarme; pero se dice, que él no visita á nadie. ¿Donde está esa joven, que mete tanto ruido?—agregó la Sra. de Saint-Ceran, levantándose sobre las puntas de los pies para dominar la concurrencia—¿Es aquella persona alta vestida de blanco, con la que habla mi sobrino?

—Precisamente—respondió Juana.

—Pues me parece muy bien,—continuó diciendo la anciana—al verla se podría decir que era la imágen de una santa.

—Famosa santa—murmuró Juana, á quien sofocaba su vanidad ofendida.—No sabeis lo que se cuenta de sus singularidades, de sus paseos á pie y á caballo por los bosques acompañada de un galán; algun príncipe disfrazado ó algun poeta. Es necesario oír sobre

ello á la señorita Verdier y á mi primo Fernando, que fuè uno de sus primeros adoradores: él sabe mucho de la conducta de esta extravagante persona.

—¿Qué sabe Fernando? ¿que dice?—esclamaron á un mismo tiempo varias jóvenes con mas ó menos empeño.

Entretanto que Juana contaba á su manera con una infinidad de comentarios de su cosecha todo lo que ella había oido en los dias anteriores de suposiciones maliciosas sobre la conducta de la reclusa de las Rocas negras, el capitán, que habia llegado á reunirse con Valentina, le había ofrecido su brazo, y le decía contemplándola con embeleso.

—¡Que impaciente estaba por veros llegar! Tenía miedo de que hubierais renunciado á venir al baile, y me hubiera encontrado un dia entero privado del placer de veros.

—Yo había prometido venir, y bien sabeis, Gaston, que soy fiel á mi palabra; pero ¿que de gente hay aquí! ¿no se respira con desahogo! ¿cuanto prefiero yo nuestros paseos por el parque! La vista de las flores ó la de las estrellas brillando en un cielo despejado ¿no os agradan mas que los adornos de esta sala? y la voz del ruiseñor, que canta con tanta melodía en nuestros bosques ¿no os parece preferible á esta ruidosa orquesta?

—El lugar, que yo prefiero es siempre aquel en que estais, Valentina; pero tengo una buena noticia que daros; mi madre debe llegar la semana inmediata.

—Oh! cuánto me alegro, y cuán grande es

el deseo que tengo de verla! Ella fué tan buena para mi, cuando niña le fuí presentada en el convento! ¡Qué dicha es poder dar bien pronto el nombre de madre á una persona tan distinguida, y á quien amo ya con todo mi corazon.

—Y que os pagará con el mismo afecto: tenéis razon, Valentina, nuestra madre es muy buena y muy digna bajo todos conceptos de tener una hija como vos.

Hablaron así algun tiempo, olvidando el baile, la música y la multitud que les rodeaba.

—¿No bailais, jóvenes?—les dijo el señor Fournel, que se acercó á ellos, despues de saludar á algunos antiguos conocidos.

—No;—respondió la jóven—estoy un poco fatigada esta noche, y además he rehusado ya muchos ofrecimientos de los concurrentes: pero vos, mi querido tio ¿estaréis indispuerto? Os encuentro mas pálido de lo que estais ordinariamente.

—La verdad es, que no me encuentro bien; pero esto no será nada.

—Asi lo creo; pero vámonos desde luego, que es lo que me parece mas prudente; tanto mas cuanto que necesitamos mas de una hora para volver á nuestra casa.

—Tienes razon, Valentina; Gaston nos hará el favor de advertir al cochero.

Salieron los tres, y el oficial no volvió al salon del baile hasta haber dejado á sus amigos en el carruaje, y haberles prometido formalmente, que al dia siguiente iria á almorzar con ellos.

Como había principiado otro rigodon, y la

concurrancia era inmensa, no pudo Gaston llegar hasta donde estaba su tia, que era lo que deseaba, y tuvo que quedarse detrás de los que bailaban oyendo por necesidad sus conversaciones.

—Ella se ha marchado, sin haber bailado una vez siquiera—decia un viejo á su pareja vieja tambien como él.

—Pues es lo mejor que podía hacer, porque nadie hubiera querido bailar, donde ella estuviera.

—Pero ¿hemos llegado á tal extremo?

—Y ¿podriais dudar de ello, despues de de lo que acabo de referiros?

—Fernando de Boissac me habia dicho algo; pero yo no podia creerlo.

—Pues él lo ha visto como yo con sus propios ojos.

La orquesta dió la señal del paseo, y la pareja anticuada se lanzó con velocidad, lo que permitió al capitan adelantar algun terreno, sin que las espresiones, que acababa de oir hubiesen escitado su curiosidad.

—Pero, señor, nunca podré creer, que una jóven tan dulce y tan modesta pudiera conducirse de esa suerte—decía una rubita á su pareja—y lejos de tener mala opinion de esa persona tan simpática, no comprendo cómo se interpretan mal todas sus acciones, y lo deploro vivamente.

—Y yo que pensaba divertiros, repitiendo las observaciones y habladurias de las señoritas Verdier y Boissac me he engañado, segun parece.

—¿De quién hablarán así?—se preguntó

Gaston en su interior, descontento sin saber por qué.

Llegando en fin adonde estaba su tia, y diciéndole, que estaba á sus órdenes para retirarse, cuando lo tuviera por conveniente, le contestó la anciana suspirando:

—Marchemos en seguida, si quieres; pero Gaston, habia principiado el asunto tan bien! ¡Qué desgracia, que esta forastera hubiera venido á meterse por medio!

—No os comprendo, querida tia; pero en casa me lo explicareis.

• Así que llegaron á la casa, le preguntó ella:

—¿Cómo te parece Juana de Boissac?

—Muy linda y muy divertida.

—Y no solo eso, sino además de buena familia y muy rica. Creí al principio de la reunion, que habias llegado á agradarle, pero tus relaciones con otra persona de reputacion algo dudosa...

—¿De quien quereis hablar, tia?—interrumpió con viveza el jóven—no he bailado más que con la señorita de Boissac, á quien no he pensado agradar ni hacer la corte.

—Pero seriamente ¿prefieres á la señorita de Fournel?

—Mil y mil veces, sin duda alguna.

—Ay Dios mio! ¡Cómo dices eso, Gaston! No quisiera incomodarte. Enhorabuena ella es linda; su caudal y su nacimiento son muy convenientes para nosotros; pero desgraciadamente se murmura mucho acerca de su conducta.

—Y ¿qué pueden decir, sino que ella es

la más pura, la más modesta y la mejor de las jóvenes solteras?—respondió Gaston con viveza.

—Dios mio!—le contestó la anciana—cálmate: todo eso será muy cierto; pero no es la opinion de la gente de esta ciudad, y la opinion pública es una cosa que debe respetarse.

—Pero, en fin ¿qué es lo que se le imputa?

—Tú me turbas con tu vehemencia, á tal punto, que no sé verdaderamente qué responderte; tanto más que no he comprendido bien lo que se decía, porque se expresaban á medias palabras. Lo que sí puedo asegurarte es que todo el mundo hablaba de ella en el salon, y que se asombraban de que un brillante oficial, como tú, pudiera ocuparse tanto tiempo de una persona.... pero es tarde, y estoy fatigada; vete á acostar, Gaston; mañana hablaremos de esto más despacio.

El capitán se fué á su habitacion triste é irritado. Las palabras, que habia oido en el baile, cuando estaba detrás de las parejas, se presentaron entonces á su memoria, y estos recuerdos le punzaban el corazón.

—Será necesario, que todo esto se esplique—se decía él—y ¡pobres de los calumniadores!

Su cabeza ardia; no tenía gana de dormir, y despues de haber dado mil vueltas á su imaginacion, se levantó de pronto y salió para refrescar su cerebro con la frescura de la noche.

Al día siguiente al amanecer estaba ya en pie Valentina, muy cuidadosa de la salud de su tío: pero cuando supo por el ayuda de cámara que había dormido bien, se tranquilizó y se ocupó en sus trabajos diarios, no sin echar algunas ojeadas al reloj, para graduar el tiempo que Gaston tardaría en llegar al palacio. Después vió al Baron paseándose por el terrado y bajó à acompañarle. El señor Fournel estaba mejor que el día anterior por la noche, y hablando los dos se dirigieron hácia la puerta de entrada.

—No puede tardar mucho—dijo el Baron mirando su reloj—son las once menos diez minutos.

—Démosle el cuarto de hora de favor—contestó Valentina riéndose.

Pero el cuarto de hora se pasó, y después otro cuarto de hora, sin que Gaston pareciera.

—¿Qué le habrá sucedido?—pensaba la joven, cuya inquietud iba siendo cada vez mayor.

El tío y la sobrina se pusieron á la mesa; ella triste y él descontento.

—¡Tal vez estará malo!—dijo Valentina.

—Y ¿un hombre se pone malo cuando vá á casarse?—dijo el Baron encogiéndose de hombros.

—Ah! ya lo sé—dijo Valentina—recobrando su alegría—él esperaba á su madre al fin de la semana, y esa señora habrá ade-

tantado algunos dias su venida. Esta tarde vendrán.

Pero el dia se pasó en una vana esperanza, porque nadie vino. Al dia siguiente fué la ansiedad mayor. Valentina no se quejaba, pero se conocía que había llorado.

—Gaston—dijo ella en fin — debe haber caido enfermo, porque ¿cómo explicar de otro modo su ausencia?

—Yo iré á verlo—dijo el Baron, dando órden de enganchar el carruage.

Pero casi al mismo tiempo entró el cartero, entregando al Baron una carta, cuya letra conoció, abriéndola en seguida. Apenas habia leído las primeras lineas, cuando un movimiento terrible de cólera enrojeció su rostro; un temblor nervioso agitó sus miembros; abrió la boca tal vez para echar una maldicion, pero no pudo articular una palabra, vaciló como un hombre ébrio, y cayó al suelo sin conocimiento,

A los gritos de la jóven acudieron los criados y consiguieron levantar al Baron y colocarlo en una silla de brazos. Pocos minutos despues recobró el conocimiento, y mirando á Valentina con una ternura casi paternal, le dijo:

—Hija mia, mi pobre y querida hija; lee esa carta y no te apesadumbres demasiado. Todo se explicará: yo así lo espero.

No habia cólera ya en sus ojos, sino una indecible expresion de tristeza Valentina le respondió:

—Mas tarde la leeré: lo que ahora impor-

*La Reclusa.*

ta es llevaros à la cama, mientras que viene el médico.

Puesto el Baron en la cama, se calmò algun tanto la agitacion nerviosa, y una especie de soñolencia se apoderó de sus sentidos. Valentina entonces tomó la carta y leyó lo siguiente:

«Señor Baron.

Con la muerte en el corazon tengo que renunciar al honor de entrar en vuestra familia. Tened la bondad de decir à la señorita Valentina, que le devuelvo su palabra, y permitidme ocultar las razones, que me obligan à obrar de este modo.

Cuando recibais esta carta, estaré ya muy lejos de las Rocas negras, pero no dejaré de ser siempre vuestro humilde y afectuoso servidor—*Gaston de Belfort.*»

Una puñalada no habria hecho à Valentina experimentar una sensacion mas dolorosa, que la que le hizo sufrir esta carta. Quedó aterrada, y se preguntaba à sí misma con asombro, si era posible, que fuese Gaston el que habia escrito aquellas crueles expresiones, temiendo tal vez ser victima de una horrible pesadilla.

¿Podia presumirse que Gaston de Belfort, aquel amigo tan leal, aquel elegido de su corazon, y que la antevíspera le habia demostrado tanto afecto, renunciase à su mano y le devolviese su palabra, sin tomarse el trabajo de explicar siquiera los motivos de su inconstancia? Si la Sra. de Belfort su madre se hubiera opuesto à esta union, y él se hubiera retirado por obedecer à su madre, ó

por cumplir otro deber, Valentina hubiera sufrido sin duda, pero tendria à lo menos el consuelo de poder conservar su estimacion à aquel hombre, que iba à ser su marido; pero la Sra. de Belfort habia dado su consentimiento con alegría; y además, si el rompimiento tenia un motivo legitimo ¿por qué no confesarlo francamente?

Tales eran las reflexiones que atormentaban el corazon de la pobre Valentina; y su pena era tanto más aguda, cuanto que hacia todos sus esfuerzos para disimularla à los ojos del enfermo, temerosa de excitar su cólera y de agravar su mal. Sufria, pues, sin quejarse, no queriendo acusar à nadie, y confiando solamente à Dios el exceso de su afliccion, resignándose humildemente à su voluntad.

Esta conducta cristiana produjo bien pronto sus frutos de consuelo: una tristeza serena y digna sucedió à los primeros transportes de su dolor; además los cuidados continuos que reclamaba el estado del enfermo, contribuyeron tambien à suspender la amargura de sus reflexiones.

Llegó por fin él médico; examinó al Baron con proligidad, y no puso muy buena cara.

—Su estado es grave—dijo—muy grave, y exige los mayores cuidados: toda contrariedad, toda emocion penosa pueden serle fatales, y es indispensable evitarlas: una crisis, igual à la que experimentó hace poco, podria, si se repitiera, producir una muerte instantánea.

—Doctor—le dijo Valentina—¿tendriais la bondad de comer aquí, y de retardar vuestra

vuelta à Belleme todo el tiempo posible? Tengo mucha necesidad de vuestros consejos, y vuestra presencia me anima mucho.

—Os aseguro, señorita, que tendria sumo gusto en acceder à vuestra solicitud, pero un deber imperioso me obliga à volver à la poblacion. Tal vez habreis oido hablar de ese desgraciado desafío entre Fernando de Boissac, que ha sido herido gravemente, y un señor Bernard, con motivo de una jóven indignamente calumniada.

—Bernard! decís!—exclamó Valentina perdiendo el color—¿quién es ese Bernard?

—Un jóven forastero—respondió el médico, sin notar que Valentina habia palidecido, porque estaba ocupado en escribir una receta—creo que es un empleado del camino de hierro, que hará lo mas dos meses que habita en Belleme.

—Y ese Sr. Bernard ¿ha sido herido tambien?—preguntó Valentina temblando.

—Casi nada; un arañazo. Respecto al pobre Boissac tendré mucho que trabajar para que se restablezca, y todo lo mas que puede esperar, si cura, es quedar estropeado para toda su vida.... Pero ¿que teneis, señorita? Parece que os vais à desmayar—agregó el médico tomándole el pulso.

—Esto no será nada—respondió—ya estoy mejor.

—¿Conoceis al Sr. Boissac?

—Ni aun de nombre; pero un suceso semejante causa siempre pena. Ese pobre jóven tendrá naturalmente una madre; hermanas, parientes, que sentirán mucho su desgracia.

—Fernando de Boissac no tiene más parientes que su tío y su prima Juana, con quien, según dicen, está comprometido; lo que yo dudo, porque él dista mucho de ser tan rico como ella, y el papá Boissac sabe donde le aprieta el zapato. Sea como fuere, ahora no hay que pensar en eso.

El médico se despidió, y apenas había salido, cuando Valentina llamó á su antigua criada, y echándose en sus brazos, le dijo llorando.

—Mi pobre hermano se ha batido ayer en desafío.

—¡Ay buen Jesus!—esclamó Catalina—no nos faltaba mas que esto.

—Afortunadamente su herida es ligera—repuso la joven—pero quisiera tener noticias de él y saber cuál ha sido la causa de esta desgracia. Hazme el favor de ir á Belleme por los medicamentos que el Dr. ha recetado, y mientras el boticario los prepara puedes ir á ver á Bernardo á su casa, calle Travesía núm. 2.

—Este mozo nos hará morir á fuerza de disgustos!—murmuró Catalina, mientras que su señorita iba á ocupar su lugar á la cabecera del enfermo.

Dos horas pasaron antes que la criada volviera; dos horas de angustia. En fin se oyó el ruido del carruage que volvía, y Valentina fué á esperar á la criada á la antesala.

—¿Qué hay?—le preguntó precipitadamente—¿cómo está? ¿Qué te ha dicho; pero habla, por Dios.

—Dejadme respirar:—respondió la anciana

—su herida no es peligrosa, por que se marchó por el tren dos horas despues de haberla recibido. Esto es todo lo que he podido saber de vuestro hermano.

## VI.

El capitán Belfort habia ido á Paris á ver á su madre, y no bien se reunió con ella, cuando abrazándola, le dijo:

—Todo se ha acabado: mi matrimonio se ha deshecho, y ya no tengo que amar mas que á vos mi buena madre!

—¿Qué dices, Gaston?—esclamó la Sra. de Belfort abrazando á su hijo.—¿Qué es lo que ha sucedido? alguna equivocacion sin duda. Tal vez aquel diablo de hombre te habrá faltado en algo y tú lo habrás tomado á pechos: tal vez habrá puesto alguna condicion irritante como conservar á su sobrina en las Rocas negras: conozco bien á mi Sr. Fournel.

—Nada de eso, señora; él me ha demostrado mucho afecto, y deseaba sinceramente verme entrar en su familia. Yo soy el que me he encontrado en la necesidad de renunciar á la mano de su sobrina. No me preguntéis mas por ahora: soy muy desgraciado.

—Pero ¿eso es bien sério?—repuso la madre, mirando á su hijo con tierna compasion. En seguida lo besó en la frente, y agregó:

—¿Qué noticias me traes de tu tia? ¿Está siempre contenta? ¿Piensa hacer en su casa las obras proyectadas?

Y viendo que no respondia mas que por monosílabos, le dijo:

—Estás fatigado y tienes necesidad de reposo. Tu cuarto está preparado: se vá á servir la cena, y enseguida te acostarás.

Y tomándole por un brazo lo llevó á la mesa, donde Gaston apenas tomó un bocado. La madre compadecida, dijo para sí:

¡Pobre Gaston! es desgraciado: si á lo menos supiese yo el motivo de su pena!

El capitán no durmió aquella noche, ni su madre tampoco. Esta señora cavilaba por descubrir la causa de la ruptura del matrimonio, y decia para sí:

—Menester es que haya habido graves motivos para este rompimiento, por que él deseaba hacia mucho tiempo casarse con la sobrina de Fournel; matrimonio que nos convenia bajo todos conceptos. ¿Qué habrá, pues, sucedido? ¿Qué puedo yo hacer para arreglar este asunto, ó por lo menos consolar á mi hijo? Pero cuando los hombres no pueden hacer cosa alguna, Dios puede hacerlo todo.

Vamos á orar y á rogarle que nos favorezca.

—Y así que fué de día se levantó y se fué a la Iglesia, donde estuvo mucho tiempo prostrada al pié del altar rogando por la felicidad de su hijo. No bien volvió á su casa, cuando al entrar por la puerta vió á un hombre jóven muy pálido que salia del cuarto del portero, y se dirigió á la misma habitacion.

—¿Qué quereis?—le preguntó ella cuando el criado vino á abrirle.

—Busco al capitán Belfort.

—Debe estar recogido todavía.

—Pues lo aguardaré, señora, porque es indispensable, que le hable hoy mismo. Ven-

go de Belleme, y tengo precision de volver mañana.

—Se le va á avisar; pasad adelante.

Gaston vino un momento despues y al ver al forastero, que creyó conocer, tuvo un movimiento de repugnancia. Con un tono altanero, pues, le preguntó:

—¿Qué queréis? ¿No sois el Sr. Bernard?

—En efecto es así, como decís—soy Bernardo de Fournel el hermano mayor de Valentina.

—Faltais á la verdad. Valentina no tiene hermano ninguno. Si lo tuviera, hubiera yo oido hablar de él.

De pálido que venía, se volvió el forastero de color de púrpura, mientras que la señora de Belfort, penosamente sorprendida y temiendo los resultados de la inconveniente respuesta de Gaston, alegaba con voz conmovida algunas excusas. Pero sin duda el forastero venía con intenciones pacíficas, porque dominándose y volviendo á recobrar su serenidad, le dijo al capitán:

—Miradme bien. ¿No me parezco á la señorita de Fournel?

—En todo caso como una cosa fea se parece á una linda—respondió Gaston, que no podia dominar su mal humor—pero esa semejanza no es una prueba suficiente.

—Pues mirad otras que os convencerán algo mas—repuso el jóven, sacando su cartera y tomando de ella algunos papeles—ved mi partida de bautismo, mi diploma de bachiller, y mi acta de emancipacion...

—Es, pues, verdad que sois el hermano de

la señorita Fournel...! y yo no soy mas que un loco, un miserable, supuesto que he dado fé y he creído en las horribles murmuraciones y chismes de una poblacion pequeña... Pero cómo se comprende que ni el Barón ni su sobrina me hayan hablado nunca de vos?

El jóven se pasó la mano por la frente, como para disipar un pensamiento penoso, y dijo:

—Quisiera guardar silencio sobre este particular; porque lo que me preguntais es una confesion, que no me hace favor: pero conozco que en las circunstancias, en que nos encontramos, os debo hablar con toda franqueza.

—Estad seguro—dijo la Sra. de Belfort,— que sea la que fuere esa confesion, os agradeceré sobremanera el paso que acabais de dar; porque aunque yo no sepa todavía con exactitud de lo que se trata, presumo que el casamiento de mi hijo puede ser reanudado por consecuencia de vuestras explicaciones. Perdonadle, pues, caballero, sus palabras y el mal humor que tenía: es tan desgraciado!

—Y yo estoy tan confuso de lo que tengo que deciros, que me veis enteramente cortado.

—Hablad, caballero,—dijo la Sra. de Belfort—os oimos con el mayor interés.

—He estudiado la jurisprudencia y aunque no ejerza la facultad de abogado, me permitireis, que en mi relacion use de las circunstancias atenuantes.

Tenia doce años cuando perdí á mi madre, y quedé huérfano enteramente porque mi padre habia fallecido algunos años antes. Mi tio

de Fournel, que era mi tutor, estaba en Constantinopla, y el que le representaba como tutor en segundo lugar era un pariente lejano, viejo y soltero, que creyó lo mas conveniente ponerme de interno en un colegio. El latin y el griego, que traté de aprender, se me hicieron enojosos, y cuando tuve quince años, y sobre todo diez y seis, odiaba el colegio. Nadie se interesaba por mí: los profesores daban sus lecciones, despachándolas lo mas pronto posible, y no interesándose por sus alumnos: los que nos repasaban harto tenían que hacer con guardarse de nuestras pesadas bromas. Mis compañeros no eran mejores que yo, y pasábamos el tiempo en murmurar de nuestros profesores y suspirar porque llegara el momento de salir del colegio para gozar de una libertad, que nos parecia la suprema dicha. Un solo consuelo tenía entonces y era mi hermana Valentina, á quien habian puesto en un convento, y á la que iba yo siempre á ver en mis dias de salida. Ella me consolaba, me llamaba su hermano querido, y me sermoncaba de vez en cuando porque yo le hablaba de mis travesuras. Aunque la moral fuese poco agradable para un tuno como yo, sin embargo me parecia bien la plática por la gracia con que la hacia Valentina. Ella me contaba tambien su vida, sus recreaciones, la amistad sincera que profesaba á sus compañeras, y el respeto filial y la ternura que tenía á las Religiosas; lo cual no podia yo comprender acostumbrado á detestar á mis profesores.

Llegó por fin el dia, en que terminados mis estudios, y ganado mi titulo de bachiller,

sali del colegio con la esperanza de gozar de aquella libertad tan codiciada, que miraba yo como el mas precioso de los tesoros. Mi tutor, que habitaba en el campo casi todo el año, habia determinado que yo fuera á París á estudiar la carrera de la jurisprudencia, lo que estaba conforme con mis deseos. Se me asignaron para mi subsistencia en París tres mil francos (11,400 rs ) lo que me pareció una cantidad tan grande, que creí no poder gastarla: pero bien pronto perdí esta ilusion, porque los jóvenes con quienes hice conocimiento me persuadieron muy pronto de lo que un estudiante dueño de sus acciones puede hacer de su tiempo y de su dinero en una capital populosa. Asi es que trabajé muy poco y me divertí mucho, gastando el dinero de tal manera que al fin del año necesité tomar prestados mil doscientos francos (4,560 reales) que un individuo muy enterado del estado de mis bienes me prestó á un interés crecidísimo. Este primer paso en una vida de despilfarro me condujo á otros desórdenes, y lejos de detenerme en una pendiente tan resbaladiza, cai hasta el abismo. Mi primera deuda fué como la bola de nieve, y cuando llegué á ser mayor de edad y me dieron las cuentas de mi tutela, debía ya la mitad del valor de mis bienes: la otra mitad se gastó bien pronto, y ya estaba enteramente arruinado, cuando mi tio el Baron de Fournel volvió de Constantinopla. Fui á saludarle, y me recibió con tanta frialdad, que no hubiera vuelto á su casa, sino estuviera en ella mi querida hermana. Por Valentina solamente

iba á hacer una visita cada semana, y buscaba expresamente las horas en que el Baron no estuviera en casa, porque su presencia y sus espresiones satíricas, dirigidas á mi, me incomodaban. Graduaba yo, que él presumia la clase de vida que llevaba yo en París, aunque no le hubiese yo hecho confianza alguna. ni le hubiese hablado de las dificultades que principiaban á preocuparme por mis muchas deudas.

Un dia, que iba á ver á mi hermana, creyendo que estaria sola, la fatalidad hizo, que llegara yo en el momento en que mi tio acababa de recibir una carta del acreedor, á quien le debia yo una cantidad considerable. Este acreedor, á quien yo traia entretenido, juzgó oportuno dirigirse á mi tio, diciéndole que yo estaba enteramente arruinado, y que en virtud de una sentencia obtenida contra mí iba á ser llevado á una prision, á menos que por evitar el deshonor, que recaeria sobre la familia, no se comprometiese el Baron á pagarle los diez y ocho mil francos (68,400 reales) que yo le debia por principal, intereses y gastos.

—Ven acá, pillo,— me gritó mi tio, desde que me vió—ven, y esplicame lo que significa esta carta.

—Lo ignoro absolutamente—le dije.

—¿Pues qué? ¿Ignoras tú las calaveradas y desbarros que cometes? A mí vienen á dirigirse tus acreedores para que les pague, sin duda por la ridícula máxima inventada por tunantes como tú, de que un tio es un cajero, que dá la naturaleza.

—La máxima no me parece mal—tuve yo la necesidad de responder.

—Insolente —gritó el Baron con furor. y se dirigió á mí como para darme un bofetón.

Instintivamente levanté el brazo para desviar el golpe, y por desgracia el puño del bastón, que tenia yo en la mano, le tocó al rostro. Entonces su cólera no tuvo límites; se echó sobre mí dándome de golpes, y como yo estaba sobreescitado tambien, no sé lo que hubiera resultado de aquella riña deplorable, si Valentina no se hubiera precipitado entre nosotros á riesgo de llevar algunos golpes, y abrazando al Baron no le hubiese dicho.

—En nombre del cielo, calmaos, mi querido tío. Y tú, Bernardo, pide perdón al momento.

—Yo no necesito tus excusas,—gritó el Baron—que se vaya al Diablo, y que en cualquier parte, donde yo me encuentre, evite mi presencia, y jamás tenga la osadía de pisar el umbral de mi casa! Yo se lo prohibo!

Salí huyendo aterrado, bajé de prisa la escalera, y me fui á mi casa. Tenía necesidad de estar solo y de reflexionar con sangre fría la situación en que me encontraba. Hice balance de mis deudas y hallé que importaban mas de cincuenta mil francos (190,900 rs.) que era precisamente lo que me quedaba de la herencia de mis padres. Nada tenia que esperar de mi tío; mi segundo tutor habia muerto; mis amigos intimos estaban poco más ó menos en la misma situación que yo, y además principiaba á conocer lo que podia esperar de tales amigos en semejantes circunstancias. Era yo

abogado, y habia informado una vez, pero sin brillantez ni buen éxito, y no podía contar con mi facultad para salir del apuro. No podía ir á mendigar de puerta en puerta, y sobre todo para escapar de la prision con que se me amenazaba, no tenía mas que un recurso, que resolví emplear en mi desesperacion.

Abrí pues uno de los cajones de mi mesa, y saqué un par de pistolas, que cargué en seguida. Entonces me acordé de Valentina, y se me saltaron las lágrimas, pensando en la pena que iba á causarle: pero poco despues me afirmé en mi criminal propósito, tratando de persuadirme de que su dolor duraria poco, y de que yo le hacía un favor librándole un hermano que deshonoraba la familia. Sin embargo, quise despedirme de ella, y tomando una pluma escribí la frase que habia leído muchas veces en las novelas —«Cuando recibas esta carta, ya habré cesado de vivir.» —No tuve tiempo para escribir mas, ni áun de enjugar las lágrimas que corrian por mi rostro, porque se abrió de pronto la puerta y vi á Valentina y á su antigua criada, que se había quedado en la sala inmediata.

Era la primera vez que mi hermana atravesaba el umbral de mi casa, y su presencia en este momento me causó un estremecimiento indecible.

—¿Qué vienes á hacer aqui—le dije con tono de impaciencia, pero con el corazon enternecido—¿á reñirme sin duda?

—Vengo á consolarte y á ayudarte; Bernardo; las reconvenciones vendrán despues,

y no perderás nada por esperar—dijo ella con una triste sonrisa.—Te traigo mis economías de soltera, las alhajas de nuestra madre, que tienen un gran valor pecuniario, sin contar el de los recuerdos. Empeñándolas, podrás obtener una cantidad suficiente para pagar tu deuda y evitar así la prision.

—Esas alhajas—dije yo—te pertenecen por el testamento de nuestra madre.

—Por eso es por lo que puedo yo disponer de ellas—me contestó.

—Gracias, Valentina; pero no debo aceptar tu oferta. Tengo otro medio para salir del paso.

—Y ¿cual es ese medio? Mi tio dice, que estás completamente arruinado.

—Sí, lo estoy; pero no tengas cuidado.

—¿Con qué tono me dices eso, Bernardo? Tú me ocultas algo. ¿No tienes ya confianza en mí? ¿No me amas ya?

Y arrojándose á mi cuello, me abrazó llorando. Entonces me fué imposible contenerme y rompí á llorar sollozando.

—A Dios, Valentina—le dije yo.—A Dios para siempre.

—¿Cómo? ¿Vás tú á dejar á París? ¿Es por algun negocio? ¿Cuánto tiempo durará tu ausencia? Vamos, confíame tus secretos.

Pero en aquel momento, se le escapó un grito terrible, y desmayándose, hubiera caido al suelo, si yo no la hubiera sostenido. Vi entonces con terror, que sobre la mesa estaba mi carta principiada á escribir, y comprendí el motivo de su devanecimiento. Cuando volvió en sí, exclamó con voz debil:

—Ah! Dios mio! Bernardo ¿cómo has podido tu concebir semejante proyecto? ¿cómo has podido formar una idea tan culpable?

Y como yo me excusaba con debilidad, agregó:

—En nombre del cielo; en nombre de nuestra madre júrame, Bernardo, no atentar jamás á tu vida.

Yo prometí todo lo que ella quiso: le dí mi palabra de honor de renunciar á toda idea de suicidio, y de trabajar con valor para salir del abismo en que habia caído. Cuando estuvimos mas tranquilos, pensamos en los medios de salir del mal paso, si era posible. Era necesario en primer lugar pagar la deuda porque me perseguian, y arreglarme en seguida con los demás acreedores.

—Ah! si yo fuese mayor de edad—me decia ella—y pudiese disponer de mis bienes! Pero desgraciadamente mi tio está muy incómodo y muy encolerizado contra tí, para que pudiera permitirme disponer en tu favor de parte alguna de mi caudal: tal vez no pueda hacerlo aunque quisiera; pero es muy generoso conmigo, y los regalos, que me hace sin cesar, bastan para vestirme, por lo que puedes contar con el importe de mi pensión alimenticia. Lo que necesitas ante todo es ocuparte útilmente y de modo que ganes para vivir, en lo que pensaré desde luego. Mientras tanto, tienes aquí algunas cosas inútiles, que puedes vender: pero tengo que marcharme, porque se acerca la hora del desayuno, y mi tio no disimula ninguna falta. A Dios, pronto volveré á verte.

Tres dias despues volvió en efecto con una cara muy alegre, y con su dulce voz me dijo:

—Algo hemos adelantado. He interesado en tu favor al padre de una de mis amigas de convento, que es director de una compañía de ferro-carriles, y me ha prometido emplearte. Tendrás que dejar á Paris, y aunque tu sueldo será por ahora corto, te lo aumentarán poco á poco, si te aplicas á desempeñar tu plaza, como yo lo espero.

Quince dias despues recibí el nombramiento del empleo prometido. Un año mas tarde el Baron de Fournel fastidiado de algunos compromisos, que su humor intratable le habia causado, resolvió huir del mundo y fué á encerrarse con Valentina en las Rocas negras. Gracias á mi protector, y tambien puedo decir por mi buen cumplimiento en las modestas funciones que desempeñaba, tuxe ascenso, y al principio del presente año obtuve ser destinado á Belleme, cuyo puesto habia yo solicitado, para estar cerca de mi hermana.

Sabia ya por las cartas de Valentina, que todas sus tentativas para reconciliarme con mi tio habian sido infructuosas, y que bastaba oír mi nombre para encolerizarse: sin embargo no desesperaba de aplacarlo algun dia. Pero entretanto, para no escitar su enojo disimuló mi hermana mi llegada á Belleme, donde me hice conocer bajo el apellido de Bernard, evitando con cuidado el encuentro de mi tio. Pero aprovechaba todas las ocasiones que se me presentaban para ver á mi hermana, y tuve muchas veces el placer de pasearme con ella por el campo, cuando Va-

lentina iba con su criada à visitar á los pobres enfermos, de que se había encargado, ó cuando nos citábamos en el sitio agreste, que da nombre al palacio. ¡Qué distante estaba yo entónces de presumir, que este afecto fraterno, ó estos inocentes paseos hubieran de perjudicar á la reputacion de aquella angelical jóven, y romper los proyectos de matrimonio, que ella me habia confiado con alegría! No se necesitó mas que las falsas conjeturas y las injuriosas murmuraciones de algunas mujeres holgazanas.

—Y mi insigne é inescusable locura—esclamó el capitan—¿Debia yo haber creido semejantes habladurias? Verdad es que mi tia de Saint-Ceran me enseñó una carta, que le habian confiado, cuya letra conocia yo muy bien, en la cual, la señorita de Fournel se espresaba con mucho afecto dirigiéndose á su querido Bernard, y manifestándole lo que sufría por estar separada de él y no poder obtener del Baron la reconciliacion que ardentemente deseaba.

—Esa carta—dijo Bernardo—que Valentina me habia escrito, se me perdió desgraciadamente, y Fernando de Boissac, que fuè quien la encontró, tuvo la poca delicadeza de leerla y facilitársela á su prima. No puedo menos de confesar que aquella carta estaba escrita de modo, que podia escitar vuestras sospechas.

—Pero ¿debia yo haberlas tenido de Valentina?—dijo el capitan suspirando—y ¿podrá ella perdonarme mi error?

—Me atrevo á esperarlo—dijo su madre,

—Y yo estoy seguro—replicó Bernardo— de que lo conseguireis. No puedo suponer, que tenga yo tan poco ascendiente con ella, que no pueda inclinarla á que perdone un error tan justamente fundado al parecer. Si Valentina no perdonára, no nos tendria afecto al uno ni al otro.

—Gracias, Sr. Fournel—repuso la señora de Belfort—tened la bondad de aceptar por hoy nuestra hospitalidad. Mañana, si lo tenéis á bien, saldremos todos tres para Belleme: iré á ver al Baron, con quien tuve relaciones de conocimiento en otro tiempo, y me lisonjeo de que no me rehusará el perdón de mi hijo, ni tampoco el vuestro.

## VII.

Dos dias despues la señora de Belfort acompañada de su hijo llegaba de improviso á las rocas negras, y obtenia con facilidad el perdón de Gaston. No fué tan fácil que obtuviera el de Bernardo.

El casamiento de Gaston y Valentina se efectuó con mucho aparato y solemnidad. Toda la buena sociedad de Belleme fué invitada á él, así como á la brillante fiesta que el Baron dió por la noche en su palacio.

El Sr. Boissac y su hija Juana fueron convidados como los demás; pero Juana no concurrió. Habia obtenido de su padre permiso, para ir á pasar algun tiempo con su abuela. Allí pasó tres meses, á pesar de la vida séria y casi monástica, que se llevaba en aquella casa; y cuando volvió á la de su padre,

nadie hubiera reconocido en aquella jóven dulce, piadosa y modesta, y que no se burlaba, ni decia mal de nadie á la burlona y ligera Juana. Su primo Fernando, á quien ella desdeñaba, y trataba algunas veces bien mal, ha llegado á ser el objeto de sus atenciones y de su afecto desde que ha quedado cojo á consecuencia de su desafío. Se dice, que está decidida á casarse con él, para indemnizarle de una desgracia ocurrida por su ligereza y falta de prudencia. Se dice tambien que la conducta de Bernardo merece la aprobacion de todos, y que su conversion esta tanto más asegurada, cuanto que parece que está prendado de las escelentes cualidades de la rubia Magdalena, jóven tan dulce y tan caritativa para todos.

Esta historia demuestra las funestas consecuencias de la ligereza en hablar de otros por mera diversion y entretenimiento; los males incalculables, que resultan de los juicios temerarios, y la pérdida de reputacion, que puede inferirse al prójimo, solo por interpretar maliciosamente sus palabras ó sus acciones. Se dice con razon que la lengua causa mayores males que la espada, porque se mira con horror causar á otra persona una herida, y se cree inocente y de puro pasatiempo murmurar y destrozar la honra del prójimo. Los jóvenes sobre todo deben guardarse de propalar chismes y habladurías, especialmente de las personas del otro sexo.

FIN.